

ACERCA DE LA PATRIA: NERUDA

Paulina Matta Vattler.

*Ay, patria, patria
ay, patria, cuándo
ay, cuándo y cuándo
cuándo me encontraré contigo.*

Cuándo de Chile

Yo solfa, por las mañanas, mirar una flor de cactus, desde que estaba cerrada hasta que el sol la abría. Y a pesar de la paciente espera, nunca pude advertir la transición de lo cerrado a lo abierto. El tiempo hacía muchas jugadas en la infancia, cuando todo era tan concreto y los relojes no significaban nada. El tiempo era una flor que se abría y que no se veía abrir. Uno no quería atrapar el tiempo, ni siquiera el movimiento: tan sólo la flor abriéndose.

No logro recordar muchas cosas de ese entonces, pero sí que el tiempo tenía sabor y aroma, que se palpaba como una fruta, que se abría como una flor. Y no hablo sólo del tiempo de mi niñez y adolescencia, sino de un tiempo que ahora me parece era el tiempo de Chile. Porque hoy veo crecer a los adolescentes -mi trabajo es verlos crecer- y creo que más veces de las que me gusta recordar les he escuchado la misma pregunta: "¿Y para qué (las matemáticas, la física, la poesía) cuando mi hermano (mi primo, mi amigo) estudió en la Universidad y ahora vende huevos (quesos, radios, seguros, no encuentra trabajo, no puede volver a Chile)?" Viven como si el futuro les estuviera vedado, o fuera el tiempo de nosotros, los adultos, que venimos del pasado. Pero entonces el tiempo para nosotros era historia, y se abría como una flor. Y el mundo era eso donde crecíamos, que definitivamente necesitaba ser transformado, y que definitivamente nosotros transformaríamos; que se llamaba Chile y olía y sabía como ningún otro (porque era el nuestro), con sus aromas en primavera, sus bellísimos desórdenes callejeros, voz y voto a los 21 años, lejanos movimientos a los que íbamos acercándonos (mineros, obreros, campesinos, estudiantes, profesores...), y siempre el tiempo abriéndose. Para entender el mundo teníamos cantos, manifiestos, declaraciones, poesía, discusión, postulados: la palabra que se dice. Hoy siento que, tristemente, estamos rodeados de eso que llamamos "lecturas de la realidad": la palabra recibida. Nosotros, los que teníamos voz y voto, la palabra activa, participante, nos hemos hecho lectores del mundo -quiero decir, de Chile- y éste se nos transforma lentamente en una abstracción incomprensible, que no se vive, sino se descifra. Un mundo de siglas -PNB, IVA, AFP- que se define por leyes de mercado, curvas, porcentajes, teóricos espacios estratégicos y discursos cuyo único contenido es la relación que establecen entre el que habla y el que escucha (yo vendo, tú compras; yo mando, tú obedeces; yo decido, tú acatas)

"y el hombre, dónde estuvo"

Y en ese mundo movable que tuvimos, en ese mundo espléndidamente caótico en qué todo semillaba, echaba raíces, se expandía, a pesar de y contra y junto con "la muerte que acechaba" -muerte que era precisamente lo contrario del caos germinante- en ese mundo tuvimos un poeta, Neruda.

Y no es que nos dijera que América era fácil, o que la vida se pudiera salvar a punta de poesía. Ser americano (ser chileno) era un difícil oficio, si se le creía a Neruda: un testarudo permanecer en el amor, el dolor y la lucha.

Si uno se adentra en la América de Neruda -la de Canto General- lo primero que asalta es la relación de amor que establece con ella, casi la identificación entre el sentimiento y su objeto: "Amor América". Pero para Neruda hay dos Américas: la de la plenitud, y la de la enajenación; la de la libertad, y la de la opresión: de la primera es signo la América pre-hispánica y, hoy, la naturaleza; de la segunda, el dolor y la sangre. Y el oficio de ser americano, oficio de amor, consiste en salvar la brecha entre las dos Américas: asumiendo el dolor y la lucha contra él, reconquistar para el futuro lo que la naturaleza dice que podemos ser, y acaso fuimos.

El modo en que Neruda experimenta a América es la conciencia del dolor en la raíz del hombre; dolor que si no es metafísico, tampoco es individual. No algo inseparable de la naturaleza humana, pero sí inseparable del hecho de ser naturaleza histórica y social. Y también conciencia de la plenitud perdida como hombres y vigente en la naturaleza, y anhelo de recuperarla a través de un asumir el destino histórico de la raza: dolor y lucha.

Canto General es la crónica de un viaje por diversas y simultáneas coordenadas: espacio, tiempo y hombres. El espacio como geografía (naturaleza y ciudades, ríos y vegetales, mares y pájaros); el tiempo como historia (de la plenitud a la destrucción, de la destrucción a la opresión, de la opresión a la lucha y unidad esperanzada, en reiterada espiral); y los hombres (oprimidos y opresores, constructores y destructores, libertadores y traidores, amigos y enemigos).

La América geográfica no aparece desde un comienzo completa en sí misma, sino que paulatinamente se va poblando de seres y elementos, en un verdadero Génesis: Vegetaciones, Vienen los pájaros, Los ríos acuden... Es un mundo que surge como en el primer día de la creación. Es la tierra madre: poder germinativo, fecundidad, desenvolviéndose míticamente según los ciclos de la fertilidad. Y en perfecta identificación con esa tierra madre pre-hispánica, se dan los hombres y las bestias, entregados a existir magníficamente según lo esencial de cada uno de ellos.

En forma casi inmediata, Neruda encarna esa unidad de tierra y hombre pre-hispánicos en una unidad actual: el pueblo, al que adjudica el valor que simboliza en la naturaleza: el verdadero ser de América, la total tendencia a una forma de vida no alienada. Y de ese hombre, surge la patria (Se unen la tierra y el hombre: "Así nació la patria unánime: /la unidad antes del

combate"). El surgimiento de la patria tiene un nítido sentido de defensa: América es patria tanto cuanto defensora de lo que posee la tierra y heredó el pueblo: la libertad o la lucha por conseguirla. En esa unidad más alta que es la patria, todo héroe es definido como tal por su cercanía, semejanza o identidad con la tierra (Los libertadores: "Aquí viene el árbol, el árbol / de la tormenta, el árbol del pueblo. / De la tierra suben sus héroes / (...) / Este es el árbol de los libres. / El árbol tierra...").

El pueblo es la tierra a la que se le ha sumado el dolor; su nombre es aquel que nació con la violencia: "la tierra se llama Juan", como se llamó Atahualpa al soportar la primera enajenación sufrida por América (La línea colorada: "Entró Valverde con la muerte entonces. / Te llamarás Juan", le dijo / mientras preparaban la hoguera. / Gravemente respondió: "Juan, / Juan me llamo para morir," / sin comprender ya ni la muerte.").

El dolor es la primera respuesta a la destrucción, y en él se enajena el hombre. Hay una terrible sorpresa inicial frente a la destrucción del mundo que, amando, se había construido (Vienen por las islas: "... y aún en la muerte no entendían ..."). Pero luego ese mismo dolor se transforma en la clave de la unidad, logra crear un ser superior a los individuos, capaz de abarcarlos y defenderlos: la patria. El dolor -heredado de generación en generación- es la raíz del poder libertador del pueblo, porque con la sangre se hereda la fuerza de lucha (Lautaro (1550): "La sangre toca un corredor de cuarzo. / La piedra crece donde cae la gota. / Así nace Lautaro de la tierra."). Y finalmente, el dolor es asumido como elemento constructor (La tierra se llama Juan: "Pueblo, del sufrimiento nació el orden. / Del orden tu bandera de victoria ha salido").

En los comienzos de la historia de América, el dolor es producto de la codicia con qué llega el español a América, que lo lleva a una ciega crueldad destructora de todo lo que se opone a sus fines y de todo aquello que usa para sus fines. Esta codicia y crueldad automáticamente producen la división social entre conquistadores y conquistados, entre opresores y oprimidos.

Junto con la conquista opresora, surge también la estirpe de los libertadores. El movimiento de libertad es, en Canto General, uno solo, que abarca desde los primeros araucanos rebeldes a la conquista española, hasta los últimos que siguen luchando en su nombre. Aparentemente cambian los opresores, pero la lucha es la misma.

La ruptura de América en opresores y oprimidos culmina en una absoluta división de clases, con sus corolarios de injusticia social, despotismo y explotación (La arena traicionada). Los opresores ya no son simplemente conquistadores -que en su crueldad y codicia habían poseído una cierta grandeza-. Ahora son "verdugos", seres cuyo oficio es la muerte, y cuya crueldad ni siquiera es salvada por la grandeza personal. El poder destructor de los verdugos imprecados por Neruda en La arena traicionada, no depende de su fuerza individual, como en el caso del conquistador español. Es un poder impersonal y mecánico, proyectado en las grandes Compañías que explotan y destruyen América (United Fruit Co., etc.). Surgen, bajo tal poder, "los sióticos", "los burdeles", "los mendigos", "las masacres".

Así, América, respondiendo al hombre que la habita, es una tierra dolorosa y exhausta; se ha transformado más en una tumba que en el recipiente de vida que solía ser. Sin embargo, esa voz de América que hablaba de plenitud no ha muerto totalmente; ahora la tierra es "como una campana: / llena por dentro de un canto que no se eleva" (Patagonia). Neruda puede decir que no invoca el nombre de América en vano, que no busca su ser inútilmente, porque ese ser existe todavía en la naturaleza y en la resistencia al dolor, en la lucha por la libertad, en la vida que -a pesar de todo- continúa.

Comienza entonces la búsqueda de la plenitud perdida, y comienza con la reanudación de los lazos primeros, aquellos entre el hombre y su patria. Vuelve el Canto General de Chile que, además, es lo primero que Neruda escribió de Canto General, aunque en el texto no aparezca en primer lugar, Chile aparece como el solo guardián de todo aquello que perdió América en manos de los conquistadores y de sus herederos.

Y por qué Chile. O cuál es ese Chile en que Neruda creía. Hoy cuesta leer palabras como "En tu remota tierra ha caído toda esta luz difícil, / es te destino de los hombres, / que te hace defender una flor misteriosa / sola, en la intensidad de América dormida" (Himno y regreso, 1939). En el proceso de lucha y liberación que para Neruda es la historia de América, veía a Chile como el vigilante depositario de esa fuerza tendiente a reconquistar la "flor misteriosa" de la libertad. Hoy es Chile el que parece dormido, y la lectura que hoy se puede hacer de Canto General tiene otro eco que el que tenía, digamos, hace 20 años. Sin embargo, es cierto que, si Neruda presenta la historia americana como una constante apertura hacia la libertad y la solidez, presenta esa apertura indisolublemente unida a la lucha y a la presencia de un poderoso contrario que nunca ha cejado en su empeño de dominio, empeño largamente logrado, o retomado con nuevas fuerzas frente a cualquier avance en la libertad. En ese contexto, la historia de Chile en Canto General no es una historia sin derrotas o sin dolores. Y Neruda acude poéticamente a Chile no como un lugar de triunfo, sino guiado por una necesidad básica, la necesidad de patria. Chile es la tierra madre, la madre patria, la madre padre. No el lugar de donde no ha partido, sino aquel a donde quiere regresar, desde la perfecta desolación que significa el exilio: "Enfermo en Veracruz, recuerdo un día / del Sur, mi tierra..."

Quizás ni siquiera pueda ser explicado racional o definitivamente, pero los hombres parecen haber sentido desde siempre que la expulsión era el más severo castigo que se les podía infligir. Aún la existencia del dolor y de la muerte ha sido visualizada como expulsión: Adán es expulsado del paraíso, cerrándosele "el camino del árbol de la vida"; Caín es condenado a ser "extranjero en esta tierra (...) andando errante y perdido por el mundo", y a habitar en "Tierra Perdida, al este del Edén". Edipo, frente al pecado considerado como el más grave por todas las culturas, no se condena a muerte, se condena al destierro. Y Odiseo navegando entre sufrimientos durante 10 años, sólo para volver a Ítaca. Y Rodrigo Díaz llorando por su casa abandonada. Y Meursault, el extranjero, signo trágico de nuestro tiempo: ser el otro, el ajeno, el expulsado de la vida.

Enfermo en Veracruz, Neruda no anhela determinadas cualidades de Chile. No es chauvinismo su añoranza. Lo que quiere es eso que llama "mi tierra",

que no es aquello que se posee, sino lo que nos posee, aquello a lo cual pertenecemos, que nos rodea como espacio y como tiempo atestiguando la realidad de nuestra existencia, la continuidad de nuestra historia, el no desperdicio de las vidas individuales. Por qué si no llamaría "la tierra que me vio nacer", "la tierra de mis antepasados", "la madre patria", gran regalo que hermana a todos. De ella somos, en su historia las biografías adquieren coherencia, cauce y sentido. Fuera de esa historia, las vidas individuales parecen sujetas a un oscuro e injusto azar que no perdonamos ni comprendemos. En cambio, son muchos los dolores que se hacen entendibles cuando se toma conciencia de que son historia, no biografías.

Es a todo eso que Neruda vuelve cuando regresa y busca patria: un tiempo, una geografía, ciertos pájaros, ciertas ciudades, ciertos oficios, ciertos vegetales, ciertos amigos, y una historia que abraza y le dé cauce a su biografía.

La primera razón para el regreso a la patria, es que de ahí se vino (Eternidad: "De dónde vengo, sino de estas primerizas, azules / materias...") Así de simple, así de irracional: un movimiento casi de sonámbulo, un retorno instintivo (Eternidad: "En las noches duermo como los ríos, recorriendo / algo incesantemente..."). Lo que guía en ese retorno es el amor, lo que se espera es el pertenecer; aquello que conocemos y nos conoce, aquello que amamos y sentimos propio:

Amo tu enmarañada cabellera de cuero,

(...)

amo el vuelo del aire del día en que me esperas,
sé que no cambia el beso de la tierra, y no cambia,
sé que no cae la hoja del árbol, y no cae:
sé que el mismo relámpago detiene los metales
y la desamparada noche, pero es mi planta, el agua
de las glaciales lágrimas que conocen mi pelo

(...)

Qué hay para ti en el Sur?

(...)

Los míos, los del Sur, los héroes solos...

Chile no es una suma de conceptos para Neruda (no "una larga y angosta faja de tierra"), ni siquiera una suma de cualidades que no encuentra en otra parte. Son cosas y hombres que conoce y ama, como lo dicen los títulos de los poemas de Canto General de Chile: "Océano", "Talabartera", "Alfarería", "Atacama", "Peumo", "Chercanes", "Tomás Lago", "Rubén Azócar", "Oda de invier no al río Mapocho" entre otros. Es una naturaleza dulce en los chercanes y en los peumos, terrible en los terremotos; un pueblo sabio en sus oficios, creador de belleza en la alfarería y el telar, y deshecho en la miseria de los trabajos inhumanos; un compartir vida y recuerdos "con humildes amigos que amamos".

Y eso es la patria: no una abstracción o una superestructura, ni el conjunto de hechos u objetos que simbolizan esa superestructura, sino un particular espacio físico y social al que estamos vinculados por ese modo de conoci-

miento capaz de transformarse en amor que se siente responsable de su objeto.

Porque también Chile es "terribles harapos", y es invierno, y es el río Mapocho bajando helado entre "cabezas golpeadas por el frío y el hambre", hasta "los pies heridos de mi pueblo". El agua, en Canto General signo del precario conocimiento que tenemos de una plenitud perdida y quizás recuperable, culmina el Canto General de Chile encarnada en este río Mapocho, nacido "en plena flor de nieve", y traído al "ceniciento valle" donde los hombres mueren de hambre y de frío. Ese es el fondo de la patria, lo que en último término amarra nuestro amor y lo hace responsable. Las últimas palabras del canto a Chile parecen un sollozo, y son el desesperado anhelo de salvación del hombre:

Oh, que no sea,

oh, que no sea, y que una gota de tu espuma negra
salte del légamo a la flor de fuego
y precipite la semilla del hombre !

De allí en adelante, Canto General es la crónica que narra la integración entre la biografía de Neruda y la historia de Chile y de América, la amorosa identificación en el dolor, la lucha y la esperanza.